

ban su sangre con prodigalidad. Félix Díaz, jefe de Caballería, no siempre tenía ocasión de salir al campo de batalla, pues solo en campo raso puede obrar el jinete y en un sitio, raro es el caso en que puede emplearse la caballería. Pelear cuando la Patria necesitaba de sus hijos, era indispensable á los valientes; y por eso Félix Díaz dirigió al General en Jefe el oficio siguiente, que viene á comprobar otra vez, entre mil, el ardor y el entusiasmo de los soldados mexicanos.

“C. General en Jefe: Félix Díaz, Coronel graduado, teniente Coronel del tercer cuerpo de Lanceros, ante vd. respetuosamente expongo: que hallándose hasta ahora los cuerpos de caballería sin prestar importantes servicios: deseosos de participar de las glorias que están adquiriendo mis compañeros que se encuentran inmediatos al enemigo, y deseando por último correr la suerte de mi hermano, suplico á vd. encarecidamente, dé sus órdenes para pasar á utilizar en algo mis servicios á la línea que manda, volviendo al mando de mi Cuerpo tan luego como concluyan las hostilidades en ella.

Ruego á vd., C. General, se digne proveer de conformidad en lo que solicito, recibiendo con esto una gracia especial.

Puebla de Zaragoza, Abril 4 de 1863.—*Félix Díaz.*”

Perdido el Fuerte de San Javier, inútil por lo destruido para defensores y asaltantes, preciso era robustecer la segunda línea de defensa, y con este objeto el Cuartel General ordenó al Cuartel-maestre que esa nueva línea quedara formada entre el Carmen y Santa Anita, apoyando su izquierda en el Fuerte del primer punto citado y su derecha en el segundo.

El muro que formara la repetida línea, partiría del Carmen con frente á la llanura, hasta tocar á Santa Inés; seguiría por la manzana del Petiminí hasta San Agustín: de allí, en línea recta, entre éste ex-convento y el de la Merced hasta la Iglesia del Señor de los Trabajos y Sta. Anita. El Cuartel-maestre cumplimentó estas órdenes en muy breve tiempo, á satisfacción del General Ortega, quien previendo un ataque á esta nueva línea por ser la



CORONEL  
FELIX DIAZ.  
1861-1863.



que quedaba más cercana al centro, ordenó á los jefes Llave, Alatorre, Antillón, Lamadrid, Auza y Negrete, defendieran el punto. Estas fuerzas quedaron distribuidas del modo siguiente:

Las de Antillón, Lamadrid y Rojo en la línea comprendida de la Merced á Santa Anita; las de Alatorre y Régules, Ghilardi y Auza, de Santa Inés al Cármen y las de Berriozábal, Llave, Díaz, Caamaño, Zepeda, Sánchez Roman y Balcázar, se encargaron de perfeccionar los atrincheramientos y en compañía de las fuerzas de Negrete formar otra línea á retaguardia de la que queda descrita.

De esta extensa línea no se llegó á perder un solo palmo, hasta el momento de la terminación del sitio, apesar de los rudos ataques que recibió, y de los cuales daré cuenta en su oportunidad.

La medida tomada por el Cuartel General con la premura que hemos visto, obedecía á las necesidades del momento, y á la actitud del enemigo, exaltado en grado heroico, por los descalabros que había sufrido en San Javier; y esa actividad, ese trabajo incesante de día y de noche, fué justificado por los hechos de armas que tuvieron lugar del 2 al siete de Abril de 1863. La fortaleza de San Javier se abandonó el 30 de Marzo, pero solo el silencio y la calma duraron tres días, silencio y calma comparados con el ataque y defensa en forma de los puntos fuertes, pues el cañón no dejaba de estallar ni un solo día.

A esos tiroteos que solo tenían por objeto recordar que las hostilidades estaban rotas, no me parece prudente hacerles los honores de la descripción, pues aunque siempre causaban desgracias en uno y otro lado, no pasaban de escaramuzas que no podían decidir la suerte de la plaza, ni llamarse triunfos ó derrotas.



GENERAL  
LUIS GHILARDI.  
1861-1863.



A las 8 y 45 minutos de la noche del día 2 de Abril, el enemigo abrió una brecha inmensa en el cuartel de San Marcos, en virtud de nutridísimo fuego de artillería de batalla, y por dicha brecha, como corriente que inunda, como huracán que arrasa, como ciclón que destruye, el enemigo ocupó la mitad del patio de dicho cuartel y la otra mitad los defensores del punto, á las órdenes del intrépido General Porfirio Díaz, quien mereció los honores del triunfo, en unión del 6º batallón de Jalisco, cuyo Coronel, Miguel Balcázar, se portó como valiente: el teniente Coronel Rafael Ballesteros, Comandante Modesto Martínez y capitán Romualdo Zárate, fueron otros tantos héroes, pues heridos como lo estaban, pelearon con admirable serenidad.

Como debe de suponerse, asaltantes y asaltados jugaban en el tapete de la suerte, su vida, su honra y su porvenir, y es inútil decir que el combate fué á bayoneta calada pues no había tiempo para cargar las armas.

El que no ha sido testigo de una acción á arma blanca no conoce ese ruido siniestro que producen las bayonetas al pasar los cuerpos de los combatientes, y no puede por lo mismo conocer la solemnidad de un hecho semejante. Básteme decir que en medio de esas acciones, si no fuera por el choque de las armas contra los humanos cuerpos, se podría oír el aleteo de una mosca..... Hasta la media noche duró este combate entre soldado y soldado, entre oficial y oficial, entre unos y otros, pues la confusión era indescriptible..... El asaltante huyó ante la heroica resistencia, dejando en su fuga muertos, heridos y armamento.

La noticia de la derrota en el campamento francés fué motivo del mayor disgusto, y el General en Jefe quiso que el sol y la aurora del nuevo día no sorprendieran



al invasor llorando una derrota digna de figurar en los anales de Waterloo, Magenta y Solferino.

A las dos de la mañana dispuso un nuevo ataque sobre el punto defendido por Balcázar, logrando ocupar una casa que estaba dentro de la línea defendida.

El Ejército que no quería que la luz lo sorprendiera lamentando una derrota, lo iluminó llorando dos, pues á las 5 de la mañana fué puesto en completa fuga por el valiente defensor del punto.

El día 4 á la madrugada, es decir, algo repuesto el invasor de las derrotas sufridas en los dos días anteriores, llevó al terreno de la práctica un plan inícuo, porque en su realización iban de por medio las vidas de muchos inocentes: bastante sufrían con la guerra los habitantes de Puebla, para que todavía quisiera haberse convertido á la población en hoguera y hacer un auto de fé *sui generis* con todos los hijos de la Patria.

El enemigo arrojó sobre San Agustín bombas y granadas, hasta lograr producir un incendio en la iglesia contigua al citado ex-convento, con la risueña esperanza de que la confusión entre el Ejército Mexicano fuera tanta, que no pudiera atender al ataque que se dirigía al mismo punto.

Los Generales Mendoza y Paz, cada uno en la órbita de sus atribuciones, dictaron las medidas necesarias para impedir que el fuego pasara de la Iglesia á los demás edificios, y que el enemigo pasara de su línea á ocupar las nuestras.

Para sofocar el poder de las llamas fueron impotentes nuestras bombas; pero para apagar el ardor de los asaltantes, bastó con el valor, la serenidad y la disciplina de los defensores del punto amenazado.

El espectáculo fué de los más imponentes: en medio del lúgubre esplendor de las llamas se libraron dos com-

bates reñidísimos: la muerte estaba de plácemes porque logró enriquecer su catálogo con los nombres de muchas víctimas; pero la Historia de Francia estaba de duelo, porque tenía que registrar en sus anales un nuevo crimen cometido en nombre de un pueblo que se había acreditado en el mundo como valiente y civilizado.

A las once del día, convencido el invasor de que nada podía hacer para intimidarnos, que le diera resultado, volvió á sus posiciones, no sin lamentar pérdidas de consideración.

El día 6 ya avanzada la tarde, el enemigo emprendió vigoroso ataque sobre la manzana defendida por el Batallón Tuxpam y comprendida entre las calles de Miradores é Iglesias, ataque sin éxito alguno para los franceses, quienes en su precipitada fuga dejaron muertos, heridos y prisioneros, así como varias armas que los que huían dejaban tiradas, para deshacerse de un estorbo que les impedía correr con ligereza: nosotros lamentamos también pérdidas de consideración, pero en cambio obtuvimos un triunfo verdadero.

Tiempo es ya de insertar los documentos que atestiguan acciones tan gloriosas, llamando la atención al heroísmo del Coronel Antonio Calderón, quien en la madrugada del día 7 desalojó á los franceses de la garita del Pulque, punto de que se había posesionado una fuerza de zuavos.

Los documentos que cito, á la letra dicen:

*“Cuerpo de Ejército de Oriente.—General en Jefe.—*Con esta fecha me dice el Señor Cuartel-maestre lo que sigue:

El Ciudadano General Porfirio Díaz, perteneciente á la división del Ciudadano General Berriozábal y encargado de la línea de vanguardia de San Agustín, me dice lo que copio:

“Tengo la honra de participar á vd. que en la Brigada de mi mando han ocurrido en la noche de ayer y madrugada de hoy, las novedades siguientes:

“A las ocho y cuarenta y cinco minutos de la noche, el enemigo,